«DON JUNIPERO»: VEHICULO DEL COSTUMBRISMO EN CUBA

POR

REINALDO SANCHEZ
Florida International University

En el año de 1852 apareció en La Habana un álbum de ilustraciones bajo el título de *Los cubanos pintados por sí mismos. Colección de tipos cubanos*. La obra, publicada bajo los auspicios de un editor español, contenía una serie de treinta y cuatro artículos escritos por algunos de los mejores costumbristas de la época, entre ellos José María de Cárdenas y Rodríguez, José Victoriano Betancourt, Manuel Zequeira, etc., con grabados de José Robles sobre dibujos del pintor bilbaíno Víctor Patricio de Landaluze. Es ésta la primera vez que encontramos el nombre de Landaluze asociado a la realidad literaria cubana ¹.

No se sabe con exactitud cuándo es que Landaluze arriba a Cuba, ya que la tesis generalmente aceptada de que su llegada ocurre en la época del duque de la Torre, por el año de 1862, contradice el hecho señalado anteriormente del aporte del pintor a una colección publicada diez años antes. Hay, sin embargo, dos teorías que pueden explicar el hecho: la primera señala que Landaluze no llegó a Cuba en 1862, sino alrededor de 1850, que es la posición adoptada por la investigadora de la historia del arte en Cuba Martha de Castro; la segunda es la versión planteada por José Antonio Portuondo al indicar que es posible que Landaluze ilustrara la obra sin aún estar en Cuba. Sea cual fuere la tesis aceptada, la cuestión fundamental estriba en que la contribución del artista bilbaíno a la literatura cubana existe ya desde 1852.

En 1864, Landaluze comienza a publicar en La Habana *Don Junípero*, «periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas», según defini-

¹ Los tipos de esa primera colección no guardan relación con una realidad genuinamente cubana. Son personajes universales, no locales o nacionales.

ción del propio editor, siendo uno de los semanarios de tipo pictórico más importantes que se publican en Cuba. El periódico, que ejercita una crítica satírica de carácter social, con un empeño moralizador didáctico, guarda una relación estrecha con el costumbrismo literario de la época, reflejando la presencia de un arte de tipo costumbrista ² que sirve de complemento a aquél y que se convierte en clave para interpretar aspectos significativos de la literatura nacional y de la sociedad cubana del siglo XIX.

A los efectos de nuestro estudio podríamos reunir los cuadros que aparecen en la revista bajo tres grupos: a) los que tratan de las costumbres propiamente hablando, contribuyendo a la creación de una tipología nacional de raíz hispánica; b) los que, para usar una expresión de nuestro tiempo, se refieren a la estructura socio-económica, y c) los de crítica de la burocracia colonial.

Dentro de la primera categoría encontramos la observación de una variedad de costumbres y de usos tanto en el plano social como lingüístico, que se enriquecen con la aparición de una colección de tipos representativos de la sociedad cubana de la Colonia. Esa tipología —eminentemente urbana— corresponde a una visión de clase social ubicada dentro de un sistema de autoridad y jerarquías sujeto a normas éticas y jurídicas de vigencia colectiva. Este fenómeno, totalmente consumado en la estructura interna de la organización colonial, halla en *Don Junípero* un vehículo natural de expresión.

Dentro de la tipología nacional que el periódico habanero contribuye a crear, y que, por lo variado y pintoresco, llega a convertirse en una verdadera galería de retratos, hallamos «los picapleitos», «el prestamista», «el sereno» y «el guaguero». Aunque estos tipos no son un producto esencialmente cubano, ya que tienen su contrapartida en tipos existentes en la sociedad española, sí podemos decir que ahora aparecen observados en relación con el medio social diferente que los ha ido modificando. Lo importante aquí consiste en el hecho de que esa tipología es el producto de realidades vividas que se traducen en un protagonista típico dentro de una situación característica, y no son meras representaciones de situaciones artificiales, creadas ex profeso. En otras palabras: hay una vinculación muy estrecha entre el espacio real situacional y su paso a la zona literaria o artística.

² Rafael Fernández Villa-Urrutia dice: «Este pintor, de exquisito poder de observación..., produce una pintura costumbrista más afín en técnica y en espíritu a la pintura francesa de fines del XVIII, como la de Boilly o Debucourt, que a la de su momento en España. Su gracia irónica lo emparenta más con el siglo XVIII que con el romanticismo ochocentista. Quizá sólo en Alenza o Valeriano Domínguez Bécquer hallamos una posible fuente española para el estilo de Landaluze», *La Enciclopedia de Cuba*, Madrid, Editorial Playor, vol. 5, 1974, p. 141.

En un artículo profusamente ilustrado que fue publicado en 1867, titulado «Alarma nocturna», y que trata de la mudanza de las costumbres, se señala lo siguiente:

Muchos años hay ya que vengo yo haciendo un alto en cierta faz de nuestras costumbres, sin que todavía pueda quedarme impasible ante su renovación, que es diaria e invariable. Siempre me parece a mí cosa extraña y sorprendente la transformación que se opera en La Habana no bien los pitos de los serenos se dan a todos los aires, precediendo al grito ronco y estridente con que esos vigilantes nocturnos señalan las diez y media (*sic*)³.

Por sus implicaciones morales y sociales, el tema resultaba importante, como se comprueba por el hecho de que dos meses después seguían apareciendo en *Don Junípero* caricaturas en relación con el tema, como la que apunta «Para lo que sirven los serenos» al tratar de ese oficio. El artículo señalaba lo que realmente ofrecían a la comunidad: a) «para hacer que despierten sobresaltados los vecinos gritándoles una hora que no les importa saber»; b) «para servir de farola, como la del Morro, avisando con su luz a los piratas callejeros que hay escollos por aquel punto»; c) «para dar candela a los transeúntes que se retiran a deshora»; d) «para dirigir los conciertos nocturnos de la raza canina cuando no se reparte la salchicha municipal» (*sic*)⁴. La crítica que se hace de un tipo tan tradicional muestra que ya estaba resultando ineficaz e inservible dentro de una sociedad que atravesaba por un cambio, negativo a todas luces, en sus usos sociales.

El tipo que en La Habana decimonónica se denominaba «guagüero» es también objeto del ojo avizor del semanario, al caricaturizar al visitante inoportuno que siempre tendía a hacer que sus visitas coincidieran con el momento del almuerzo o la comida. Que la práctica se había convertido en moda lo demuestra la asiduidad con que el personaje aparece como exponente de una costumbre que violentaba un legítimo derecho personal.

Uno de los aspectos más curiosos e importantes de la contemplación de lo cubano hecha por Landaluze lo ofrece el detallismo con que describía, desde una perspectiva lingüística, el vestuario y los peinados femeninos de la época y que lleva, como resultado del lenguaje empleado, a establecer una nueva modalidad de la palabra escrita, que trasciende su acepción original para fijar una peculiaridad social local. Es obvio que esta dimensión nativista de *Don Junípero* ofreció una valiosa aportación al costumbrismo

³ *Don Junípero*, Año IV, núm. 14, 7 de abril de 1867, p. 3.

⁴ *Ibid.*, Año IV, núm. 23, 9 de junio de 1867, pp. 4-5.

en Cuba, contribuyendo en mucho a un conocimiento y enriquecimiento del léxico popular cubano.

Un ejemplo de lo mencionado anteriormente lo tenemos en el «Sígueme, pollo»⁵, que consistía en un largo lazo que las mujeres llevaban atado al cuello y que caía por la espalda hasta casi llegar al suelo. La locución, que designaba una prenda de vestir que era punto de interés para los seguidores masculinos, pasa después al habla coloquial para denotar ciertas formas del caminar femenino. No podemos olvidar, sin embargo, que lo que también se esconde detrás de esas observaciones es una crítica de las exageraciones y extremos a que las modas conducían en un círculo de gentes que se consideraban a sí mismas elegantes, poniendo en evidencia lo altisonante y ridículo de esas manifestaciones del vestir.

La contribución de *Don Junípero* al proceso de cubanización lingüística es el resultado de la nueva luz con que esos fenómenos eran considerados, denotando no ya un acendrado españolismo, sino un incipiente cubanismo que se manifestaba aun a pesar de la conciencia peninsular de Landañuze. El hecho capital no era la existencia de unas costumbres o modas que podían ser halladas en otras sociedades, sino que estaban siendo tamizadas por una nueva sensibilidad, por una forma peculiar de definir las y entenderlas. Así podemos comprender la «tropicalización», a través de una nomenclatura de frutas cubanas, de los peinados de la época: «peinado calabaza», «peinado platanero», «peinado de piña», «peinado de guayaba de Bainoa», «peinado de melón»⁶, lográndose aprehender por medio del lenguaje la idiosincracia de un país, y esto, que es lo entrañable, lo esencial, no es posible obtenerlo a préstamo de otros pueblos.

Las escenas del periódico, de valor documental inapreciable, no dan testimonio, por la posición ideológica de su director, de las tensiones de un período histórico que culminaría con el estallido —en 1868— de la primera guerra de independencia. Aunque pudieran pecar de superficiales al insistir en un material descriptivo exterior (mobiliario, vestimenta, aspecto físico de los personajes, etc.), las escenas tratan de llegar en otras ocasiones a la esencia psicológica y moral de sus temas, reflejando un costumbrismo en función vital y no sólo pintoresco.

La limitada presencia de una tipología negra, a pesar de constituir un elemento vital del estrato social, revela un aspecto característico del semanario costumbrista como exponente de una clase dirigente. Al desestimar lo negro como fundamento básico de la realidad cubana, *Don Junípero* no

⁵ *Ibid.*, Año III, núm. 41, 21 de octubre de 1866, pp. 4-5.

⁶ *Ibid.*, Año IV, núm. 8, 24 de febrero de 1867, p. 4.

puede lanzarse a la búsqueda de la genuina veta nacional, la que tiende a determinar su peculiaridad, su autoconciencia y destino.

Hay en todo esto un hecho paradójico: fue precisamente Landaluze quien registró, a través de su obra como pintor, algunos de los más interesantes y curiosos aspectos de la vida afrocubana ⁷. Claro es que la observación pictórica que él hace del negro cae dentro de un plano que de cierta manera es exótico y en el que el color local es la expresión de sensaciones que se corresponden «con la curiosidad disparante sobre el paisaje de la ciudad que comenzaba a hacerse atractiva por su *hispanidad antillana*, cuyas peculiaridades de la esfera *afro* —ajenas a la hispanidad no antillana— revelábanse como notas fuertes de lo típico insular» ⁸.

En la colección de *Don Junípero* que hemos consultado para nuestro trabajo ⁹, la realidad negra cubana sólo aparece mencionada a través de cinco referencias, relativas todas ellas a la definida concepción social que Landaluze tenía de lo afrocubano. Si bien es cierto que en la presentación de sus escenas negras él hace un intento de pasar de la «geografía» a la «historia», de convertir el mero paisaje donde el negro se encuentra en sitio del quehacer humano, no es menos cierto que esas alusiones presentan una realidad estratificada en la que el elemento no blanco ocupa una posición de servidumbre que se acepta como parte indispensable de la configuración social.

En 1866 apareció en París un libro sobre Cuba y las Antillas escrito por el investigador francés E. Duvergier de Hauranne que, aparentemente, no fue bien recibido por la sociedad blanca. *Don Junípero* se hace eco de la publicación de la obra criticándola mediante una caricatura en la cual se ven tres mujeres negras fumando grandes tabacos que están siendo observadas detenidamente por el francés. El pie del grabado es significativo: «Según la descripción que de ellas hace, éstas deben ser las señoritas que habrá frecuentado Mr. Duvergier» ¹⁰. Ante la ausencia de otros elementos contrastantes o comparativos, la observación hace suponer que la visión de Landaluze no encajaba en la realidad un tanto desenfadada del investi-

⁷ Entre sus representaciones más notables se encuentran «La mulata de rumbo», «Los negros curros», «El diablito» y «El cimarrón».

⁸ Guillermo Sánchez Martínez, «Landaluze», *Universidad de La Habana*, Año XXX, núm. 180, julio-agosto 1966, p. 85.

⁹ Ante la imposibilidad de tener a mano la colección completa de *Don Junípero*, hemos tenido que basar nuestras observaciones en los números publicados entre septiembre 2 de 1866 y diciembre 22 de 1867. Ahora bien, dadas la continuidad y enlace que existen en los temas considerados por el semanario, no es arriesgado afirmar que pueden considerarse como elementos representativos de su posición. El periódico se publicó desde 1864 hasta 1867.

¹⁰ *Don Junípero*, Año III, núm. 42, 28 de octubre de 1866, p. 4.

gador francés, que, sin embargo, representaba una costumbre extendida dentro de la sociedad negra.

En varias caricaturas relacionadas con la presencia de un circo en La Habana y tituladas precisamente «Circo»¹¹, vemos a una mujer negra de rostro inconfundiblemente equino, cuyo nombre es Belencita, vestida con un traje de amazona, y a un negro, Teodoro, con un atuendo a la usanza egipcia. Las dos figuras son, en verdad, representaciones grotescas, desfiguradas, altamente irreales, que proyectan una imagen de tristeza y soledad en medio de todo el conjunto.

Otro de los dibujos, refiriéndose a la costumbre femenina de su tiempo de usar grandes cantidades de tela para la confección de los vestidos¹², presenta a tres damas de gran porte y elegancia, ejemplos de una clase adinerada, con trajes de colas tan largas que se necesitaban varios criados negros para poder aguantarlas. La pintura que Landaluze hace de ellos, que por su tamaño parecen ser enanos, es también grotesca, con la peculiaridad de que están vestidos de caleseros, personajes típicos del costumbrismo cubano por lo que encarnaban en relación con las clases altas: el símbolo de una posición y un poder que se manifestaba hasta en la indumentaria, símbolo extensivo de la situación económica de aquéllos a quienes servían.

En otra de las escenas de *Don Junípero*, y bajo el título de «Contrastes de La Habana»¹³, observamos el contraste entre un «antes» y un «ahora» como añoranza de un pasado muy especial, en cuanto a la cuestión negra, que a Landaluze se le antojaba en trance de desaparición. El «Antes» se representa por una pareja blanca en un carruaje no muy elegante que está siendo conducido por un esclavo; el «Ahora» está representado por una pareja de color con indumentaria de esclavos que está sentada en un coche de lujo conducido por un cochero blanco. Los dibujos señalan obviamente la mudanza que, a los ojos de Landaluze, estaba ocurriendo en las interrelaciones sociales y que amenazaba quebrar la estratificación colonial.

La última referencia a la situación racial aparece en dos dibujos denominados «Nuestras cocineras»¹⁴, en los que dos sirvientas negras, con un gran sentido del humor, carente en otras caricaturas, hacen un comentario en relación a preguntas hechas por sus amos. En el primero, reaccionando al gesto de asombro del señor al encontrar un pelo en la comida, la criada dice: «Ese pelo no es mío, niño, ese pelo es blanco; debe ser de la niña». En el segundo, el diálogo se desarrolla así:

¹¹ *Ibid.*, Año III, núm. 44, 11 de noviembre de 1866, p. 5.

¹² *Ibid.*, Año IV, núm. 1, 6 de enero de 1867, p. 5.

¹³ *Ibid.*, Año IV, núm. 4, 27 de enero de 1867, p. 4.

¹⁴ *Ibid.*, Año IV, núm. 5, 3 de febrero de 1867, p. 4.

—Petra, los ostiones de hoy son mejores que los de ayer.

—Mira lo que son la cosa, niño, yo no comería de ése.

—¿Por qué?

—Porque José está muy flusionao y no hace más que estornudá cuando está abriendo.

Aun dentro de la cierta familiaridad que se observa en el trato dado a los criados y que revela un ángulo humano que no es posible desconocer, los cuadros dan el testimonio de una estricta relación de amo y siervo que sirve de base a la pirámide económica de la colonia.

Nos parece que la cuestión fundamental en toda la apreciación de la realidad negra radica en que la imagen que *Don Junípero* lanza es la reafirmación de una situación que está siendo severamente amenazada por los intentos libertarios cubanos, tanto en el plano político como en el de la esclavitud. De esa forma, Landaluze, sin proponérselo, está dando el testimonio del fin de un ciclo histórico que había pulido las aristas de una sociedad esclavista y colonial.

Creemos interesante señalar, aunque no corresponda a la realidad cubana, la proyección que el semanario tiene en relación con la presencia india en Hispanoamérica, representativa de un concepto negativo, aunque políticamente epocal dentro de un enfoque peninsular, de la realidad humana del continente. Uno de los ejemplos más elocuentes lo encontramos en las caricaturas que aparecen en el periódico con motivo de haber sido premiado por el Liceo de Matanzas un poema titulado «Oda a la América»¹⁵, de un tal C. del Monte. A la intención laudatoria de la composición, Landaluze opone vitriólicos dibujos que tienden a deshumanizar, visualizándolos como salvajes, a los indios americanos. Una de las estrofas de la oda dice así: «espiga y flores por doquier: el cielo / ventura daba a los felices hijos / de su inocente América querida, / y ellos, tranquilos y a su Dios amando, / sus afanes prolijos / consagraban al suelo / donde encontraban aliento y vida», mientras que la caricatura del semanario presenta a un feroz indio arrancando el cuero cabelludo a un conquistador. El resto de las caricaturas es de la misma índole.

Los virulentos ataques del periódico contra Benito Juárez, a quien casi siempre se representa con un traje de etiqueta y con una corona de plumas que remeda la de los emperadores aztecas, parado sobre un pedestal para poder cortar la cabeza a sus enemigos en nombre de la igualdad y la libertad¹⁶, así como la ridiculización de la esencialidad de un pueblo, evidente en dibujos que representan a los ministros de Juárez como indios

¹⁵ *Ibid.*, Año III, núm. 46, 25 de noviembre de 1866, p. 4.

¹⁶ *Ibid.*

cuya única vestimenta son plumas alrededor de la cintura, son indicios reveladores de la posición ideológica de la revista en contra de todo lo que significase una ruptura con el poder colonial y produjese la independencia nacional.

Aunque esa apreciación de la realidad india, sobre todo en el caso de México, es percibida dentro de una mentalidad colonialista, no podemos olvidar que las experiencias de Landaluze en ese país pudieron haber sido el detonador de una situación explosiva. A tal efecto, Guillermo Sánchez Martínez señala:

La antesala cubana duró unos seis años, lapso de aclimatación que determinó su destino americano. Un día, al fin, pudo pasar a México en condiciones óptimas para su oficio. Pero resultó, casi, un viaje en redondo, pues un traspás periodístico de su amigo Villergas —a quien acompañaba— lo puso de regreso a él también por indeseable a la joven república. Y así, todo ello muy de prisa, se vio de vuelta en Cuba. Y esta vez para siempre. México fue para él una dura lección. Le enseñó la drasticidad con que operaba, por acá por las Indias, el nacionalismo ultrasensibilizado si se le lastimaba aunque fuese no más que con una crítica llena de miramientos. Desde entonces, con más clara conciencia de la hora política que vivíase en las tierras de aquende el mar, acomodóse dentro de la España que Cuba representaba y que había venido siendo en mucho para él ¹⁷.

La relación que se puede establecer entre la problemática del negro cubano y la del indio americano está basada en que ambos fenómenos están siendo interpretados de manera idéntica, de acuerdo con un sistema de valores que entroniza una idea paternalista y de superioridad en el enjuiciamiento de un acontecer histórico.

Con una rara percepción para su tiempo, que por aparecer en *Don Junípero* es aún más sorprendente, el semanario hizo un curioso examen de la sociedad habanera presentándola como una colectividad de «chupados» y de «chupadores», en la que la gente de posición vivía al margen de la necesidad de expansión que esa sociedad tenía, permitiendo que «La Habana siga siendo una tosca botija llena de oro a la cual nadie quiere acercarse sino para realizar algún negocio, con la maleta al hombro para salir de ella una vez realizado» ¹⁸. El análisis es revelador de la preocupación creada por una actitud de indiferencia que impedía el desarrollo de las posibilidades de crecimiento, contribuyendo al afianzamiento del carácter de La Habana como ciudad de tránsito, con la única meta de enriquecerse. Aunque el autor no se adentra en una cuestión social —a todas luces imposible debido a que el juicio participa de una imagen de clase que

¹⁷ *Op. cit.*, p. 86.

¹⁸ *Don Junípero*, Año III, núm. 34, 2 de septiembre de 1866, p. 2.

justifica el progreso en términos de sus propios intereses—, sí vemos de que se lamenta de que la sociedad habanera y, por extensión, la cubana, sean más un conjunto de «chupados» que de «chupadores», con una característica de pueblo indolente, sin aspiraciones ni ambiciones, que permitía que otros más listos se aprovecharan y prosperaran a su costa. Lo interesante de esa disección del cuerpo social radica en que Landaluze observó muy claramente la existencia de una dependencia creciente en relación con los «Nabads del Norte», los norteamericanos, quejándose de que sea «...una desgracia que por la falta de arranque... hayamos de ser siempre “chupados” y nunca “chupadores” de esos prójimos que apalean las onzas como si fueran granos de maíz. Nos chupan la caña, nos chupan las brevas, nos chupan los viajeros; pero nosotros no le chupamos nada, como no sea las telas, la maquinaria y todos los cachivaches que necesitamos para ir tirando...»¹⁹. Por otra parte, es interesante notar que el artículo visualiza una sociedad en función de futuridad, afirmando una necesidad de permanencia y raíces que sólo puede ser entendida en cubano, como algo ya diferente de lo peninsular. No sería aventurado afirmar que la «antesala» de Landaluze en Cuba y su posterior experiencia en México, sin un regreso definitivo a España, pudieron haber sido factores influyentes en esa concepción.

La acción satírica y moralizadora de *Don Junípero*, herencia de la Ilustración, resulta a veces ambigua y contradictoria en el campo socioeconómico. Ejemplo de esto lo tenemos en dos escenas caricaturizadas que se contraponen a la dualidad chupados-chupadores y que fueron publicadas en 1866 y 1867. En la primera, titulada «Testamento del año 1866», el texto dice: «Hijo mío, he aquí mi testamento; ten cuidado con él. Te dejo a los especuladores de harina bailando de contento con las ganancias. Dejo a los banqueros haciendo equilibrios sobre la cuerda tirante. Y a los bancos haciendo lo mismo sobre los banqueros»²⁰. El segundo cuadro, llamado «El poder del dinero», se refiere al poder que el dinero otorgaba en la Cuba colonial, afirmando que «la cuestión, como se sabe en la sociedad actual, es tener o no tener dinero»²¹, enjuiciando los efectos negativos de esa situación en relación con la decadencia de la virtud y las normas morales en el afán de ascender rápidamente en la escala social. Esta preocupación por el resquebrajamiento de toda norma ética en el mundo económico no se aviene muy bien con la admiración, por pujantes y emprendedores, de los «chupadores», representantes de los valores que están siendo criticados en los cuadros anteriores.

¹⁹ *Ibid.*, Año III, núm. 34, 2 de septiembre de 1866, p. 2.

²⁰ *Ibid.*, Año III, núm. 51, 30 de diciembre de 1866, pp. 4-5.

²¹ *Ibid.*, Año IV, núm. 13, 31 de marzo de 1867, p. 3.

Creemos importante exponer que los enfoques opuestos pueden haber sido el resultado de posiciones individuales dentro del semanario, lo que de cierto modo hablaría mucho del mismo como vehículo de una libertad de pensamiento desusada en la prensa colonial. Claro es que en todo caso sería una libertad de expresión muy restringida, ya que se esquivaban temas que pudieran afectar el andamiaje sobre el que se asentaba el poder colonial. El anonimato de los redactores de *Don Junípero*, rasgo común en el costumbrismo, ayuda a explicar también la presencia de criterios diferentes y excluyentes sobre la realidad social.

La lentitud de la administración gubernamental en la ejecución de sus planes, la ineficacia de muchas de las dependencias oficiales y la burocracia inepta son objeto de censura por parte de la revista ²², sin que ello conlleve, naturalmente, ninguna crítica al absolutismo como sistema de gobierno, a la intransigencia religiosa ni al sistema de opresión política prevalente en aquel momento.

Nuestra indagación nos conduce necesariamente al planteamiento de tres cuestiones que estimamos fundamentales para un entendimiento del papel desempeñado por el semanario de Landaluze dentro de la realidad cubana: ¿Hay alguna afirmación de la cubanidad en *Don Junípero*?; ¿contribuyó el periódico a la creación de una conciencia nacional?; ¿es posible extraer del mismo una psicología y un carácter cubanos?

Si pensamos en el siglo XIX como una época de grandeza intelectual caracterizada por una necesidad de patria, de una patria que tenía que ser forjada por los criollos, que estaba siendo forjada a la sombra de Varela, de Luz y Caballero y de tantos otros, con una arraigada fe en los destinos de Cuba, tenemos que llegar a la conclusión de que no existe en *Don Junípero* ninguna intención de descubrir una cubanía que hacía ya mucho tiempo era vivida en la Isla. Sin embargo, y a pesar de las ideas integristas y antiindependentistas de Landaluze, el periódico contribuyó en gran escala a apuntar rasgos definidores de la esencialidad cubana mediante la observación y crítica de costumbres que se manifestaban de manera distinta y con un léxico peculiar, ayudando, sin proponérselo, a la creación de una conciencia nacional mediante la valorización de lo propio, de lo que da forma a una nueva y compleja realidad humana. Y en este aspecto la contribución de *Don Junípero* al costumbrismo cubano es de gran relevancia, mostrando al mismo tiempo el valor histórico-social de su visión.

²² Una de las más jocosas caricaturas en relación con la burocracia es la titulada «Trámites», en la que un ciudadano ha de esperar hasta el nacimiento de su bisnieto para que el ministerio correspondiente le comunicara si podía construir o no su casa. *Don Junípero*, Año III, núm. 40, 14 de octubre de 1866, pp. 4-5.